



ENTRE LAS SOMBRAS



ENRIQUE HERNÁNDEZ-MONTAÑO



Colección: Novela Histórica

www.nowtilus.com

Título: Entre las sombras

Autor: © Enrique Hernández-Montaña

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil&Herraiz

Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-386-4

Libro electrónico: primera edición

ÍNDICE

Agradecimientos 9

LIBRO I

AGOSTO 15
Septiembre125
Octubre299
Noviembre327

Libro II

La historia jamás contada351
Los titiriteros385
Final en Christ Church423
Justicia divina441
Cleveland Street449

Carta adjunta al relato del inspector
Abberline461

Agradecimientos

Quiero dedicarle esta narración a Jéssica Sarmiento, por haber aguantado los desvaríos de este loco y por permitir mis recreaciones de los crímenes del Destripador con ella; a Carlos Martín, por aplicarme algún que otro correctivo al practicar con él el movimiento *de izquierda a derecha*; a Luis Hernández, una de las personas que más aprecio, por haberse leído también este relato sin aburrirse; a Roberto Gala, mi buen Crow y el hermano sin conciencia que nunca tuve, por acompañarme en mi misión; a Laura Canabal, mi inspiración, la mujer a la que más quiero; a Virginia Carrión, por hacer de este libro el primero de toda su vida y por ser la mejor compañera sentimental que uno de mis hermanos podría tener, y por último, a mis padres, a quienes doy las gracias por no ingresarme en un manicomio después de acabar esta novela.

También quiero reconocer la colaboración, directa o indirecta, del resto de mis amigos que, aunque no participaron en la realización, sí que me dieron apoyo moral.

A todos ellos, gracias.

Y por último, deseo agradecer a Patricia Cornwell su libro *Retrato de un asesino*; a Eddie Campbell, por sus magníficos dibujos en la novela gráfica *From Hell*, y al genial Alan Moore,

su guionista. También quiero reconocer al señor Stephen Knight por sus libros *Jack the Ripper: The Final Solution* y *The Brotherhood*, y a Stewart P. Evans y a Keith Skinner por *Jack the Ripper: Letters From Hell*.

Aunque discrepen de todo lo que yo cuento en estas páginas, espero que puedan sentir la ingenuidad de este humilde aficionado, cuyo talento no puede equipararse al de ustedes, mis maestros. Por ello, espero que todos coincidamos en una sola idea: si ellos no pudieron atrapar al maldito cabrón escurridizo que fue Jack, quizá nosotros podamos hacerlo algún día. Sería un objetivo interesante pero irrealizable hasta el momento. De todas formas, sueño con ello desde que comencé este relato.

Ahora solo me queda aclarar que este libro es una mezcla de las ideas de los autores antes mencionados, sin cuyas obras no podría haber compuesto esta modesta narración.

Por ello, gracias.

Enrique Hernández-Montaña

La presente narración se basa en los diarios del inspector Frederick George Abberline, Nathan Grey y Natalie Marvin, que fueron encontrados en el domicilio del fallecido sargento Henry Carnahan, junto con unas cartas en 1927. A ello se unen las situaciones imaginadas por mí para el conjunto de esta novela histórica, que son las que están expresadas en primera persona.

“Algún día, la gente mirará atrás y dirá
que conmigo nació el siglo xx”

Jack el Destripador, 1888

LIBRO PRIMERO

Agosto



1

(Inspector Frederick G. Abberline)

Llovía y la niebla amenazaba con tragarse todo Londres con su fantasmal avance. Desde la ventana de mi despacho podía observar casi toda la calle. No tenía nada de especial si se comparaba con las demás vías públicas del empobrecido distrito de Whitechapel, donde Sir Charles Warren me había destinado hacía algunos años como representante del Departamento de Investigación Criminal por culpa de esa maldita soberbia mía... Pero eso no viene ahora al caso.

Recuerdo que, por aquel entonces, el Departamento de Investigación Criminal —también llamado Departamento Criminal por algunos malintencionados— lo dirigía el inspector jefe Donald Swanson.

El viejo Donald era un excelente investigador, pero desde que a Sir Charles Warren se le ocurrió la genial idea de colocarle al frente del Departamento de Investigación Criminal, Donald no había vuelto a ser el mismo. No digo que no llevase bien el departamento, pero se le escapaba a veces de las manos, aunque, todo hay que decirlo, era imposible que esto no ocurriese debido al incesante caos que reinaba en una ciudad tan grande como Londres y, muy particularmente, en todos los distritos de East End.

Como decía, me hallaba solo en mi despacho terminando un informe a máquina que me había llevado un mes de elaboración, pues no soy muy bueno en esto de escribir. Era el buen sargento Carnahan el que solía redactar los informes que yo le dictaba.

Veía desde el gran ventanal el ir y venir de los transeúntes por las sucias y embarradas calles londinenses. Varios carruajes, tirados por briosos caballos, se enfilaban por las empedradas avenidas produciendo un estridente sonido al chocar las ruedas contra los adoquines de la calzada. También bajaban calle abajo varios vendedores ambulantes con sus calesas de ponys y diversos personajes a pie, mojándose bajo la incesante lluvia. A los lados de las aceras se agolpaban los inevitables mendigos adictos al opio y borrachos, intentando taparse con algunas viejas mantas que habían conseguido —o que habían *requisado*— en los albergues. Miseria y pobreza era lo que yo avistaba desde mi ventana. Era todo un clásico en Londres contemplar majestuosos carruajes por las calles, ocupados por gente rica y distinguida, mientras que a su alrededor se agolpaban los proscritos, los borrachos, las prostitutas, los locos sin nombre, los niños harapientos, los enfermos... Eran los miserables de nuestra sociedad, los olvidados de la era victoriana.

Yo no podía quejarme de mi posición social. Si era cierto que en Londres había o había habido una clase media o burguesa, creo que podía encajar perfectamente en ella. Mi sueldo no era muy elevado, pero me permitía vivir con cierto desahogo.

Para olvidar los oscuros pensamientos que me habían venido a la mente al ver aquella pobre gente de las aceras, intenté concentrarme otra vez en mi informe. ¡Pero era imposible! Aquel interminable legajo de papeles colocados en la férrea máquina de escribir Blickensderfer me atormentaba y se convertía en un castigo para mí. Yo era un hombre de acción, no el clásico chupatintas de oficina; bueno, si puede llamarse *acción* atrapar a una poderosa banda de ladrones de banco, traficantes, carteristas, asesinos y terroristas que habían volado media Torre de Londres en 1885. No obstante, debía hacerlo, pues mi subordinado, el sargento Carnahan, había obtenido algunos días de permiso por no sé qué asunto familiar que tenía entre manos.

Volví a mirar la ventana. Aunque era habitual que en pleno verano lloviese en Inglaterra, la niebla y el frío no eran en absoluto normales. Aún estábamos en el mes de agosto y aquello, se mirase por dónde se mirase, seguía siendo atípico.

La puerta de mi despacho se abrió, y en el umbral apareció el bigotudo y campechano rostro del sargento Carnahan.

—Buenos días, inspector.

Había ocupado su sitio en la mesa auxiliar, ante la máquina de escribir de rueda. Así que me levanté y le miré severamente.

—Sargento..., ¿qué hace usted aquí? Creí haber entendido que le habían concedido cuatro días de permiso y solo ha cumplido usted...

—Dos, señor —me corrigió él.

Por aquel entonces, creo que me doblaba en peso pero no en edad, pues solo era unos diez años mayor que yo. Llevaba más de un cuarto de siglo en el cuerpo y, aunque el inspector jefe Swanson y el propio Sir Charles Warren le habían concedido hace años el título de inspector, Carnahan lo había rehusado con mucho gusto. A él le gustaba el trabajo de calle, patearla y dirigir a los agentes de la comisaría. Odiaba mandar a los demás y prefería que le mandasen a él. Sostenía que un inspector podía tener varios privilegios más que un sargento, pero también, obviamente, muchas más responsabilidades. Era su particular filosofía profesional. He de añadir al respecto que, a mi parecer y después de casi veinte años como inspector, el buen sargento Carnahan tenía razón.

Con el ceño fruncido, lo miré inquisitoriamente.

—Y bien... ¿qué demonios hace usted aquí? —le pregunté con sequedad.

—Verá, inspector Abberline... —carraspeó dos veces, sin ganas—. Me encontraba sentado en un sillón de mi humilde hogar cuando pensé en usted y en las cosas que me estaba perdiendo aquí; así que decidí venir a hacerle una visita y acabar este maldito informe, que, como puedo observar, todavía no ha terminado —bromeó el suboficial mientras se quitaba su gabardina empapada y la colgaba de una percha.

—Muy sagaz de su parte, sargento... —reconocí, esbozando a continuación una sonrisa de circunstancias—. En efecto, no lo he terminado y si usted tiene el gusto... —me aparté del escritorio auxiliar y mi subordinado ocupó mi lugar.

—¿Algo interesante? —preguntó Henry Carnahan, arqueando mucho las cejas.

—Todo normal. No ha habido disturbios importantes por las calles y nada que sea digno de mencionar —dije en voz baja, como si hablara conmigo mismo.

El sargento se arrellanó en su silla ante la vieja máquina de escribir, hizo crujir sus dedos tres o cuatro veces y comenzó a teclear. Yo paseé por el despacho haciendo ochos y volví a mirar distraídamente por la ventana. Me sobrecogió de nuevo la imagen de aquellos desamparados intentando proporcionarse calor mutuamente, apretándose unos contra otros bajo las apestosas mantas.

Carnahan me leyó el pensamiento.

—No los mire, inspector —me dijo el sargento con tono apesadumbrado—. Solo le producirán más lástima.

Pensé que tenía razón y que debía ocuparme de mi trabajo.

De repente, la puerta de mi despacho se abrió bruscamente y una mala bestia, peluda y obesa, entró en él. Detrás del hombre venía el agente Barrett dándole golpes en la espalda con la porra reglamentaria, que la bestia ignoraba, y le gritaba:

—¡Alto! ¡Deténgase! ¡Alto a la autoridad! ¡No puede entrar ahí!

Todavía recuerdo hoy día al agente Barrett, un buen hombre. En 1888 rondaba los treinta años y compartía con el agente Mason el habitáculo anexo a mi despacho, cumpliendo con la ingrata tarea de secretariado.

Reconocí de inmediato al hombre que acababa de irrumpir en mi despacho y me levanté presto. Carnahan empuñó su revólver y le apuntó. Le agarré el brazo a la vez que la bestia le quitaba la porra a Barrett y la tiraba al suelo. Barrett sacó también su arma corta.

Temí lo peor.

—¡Alto, agente Barrett! —grité nervioso.

El aludido guardó el revólver, aunque se mantuvo alerta. El hombre resoplaba, pero ya se había calmado.

—Lo siento, inspector Abberline, pero este individuo insistió en verlo y cuando le dije que no recibía visitas... —se disculpó el agente, bajando la cabeza.

El hombre lo fulminó con la mirada.

—No se preocupe, agente Barrett, que todo está controlado ya —le dije en tono mesurado.

El agente recogió su porra del suelo y se cuadró vigilante, no sin antes cerrar cuidadosamente la puerta de mi despacho y sin quitar ojo al hombre que acababa de irrumpir en la habitación.

Miré al hombre que tenía ante mí.

Vestido con un abrigo de piel de dios sabe qué, lleno de manchas de grasa y con una poblada barba negra, el ruso Makarov ofrecía, sin lugar a dudas, un aspecto amenazador. Parecía salido de un ignoto bosque salvaje de la tundra siberiana.

—¿Puedo preguntarle la razón de esta entrada, señor Makarov? —interrogué severamente.

A esta clase de tipos había que demostrarles desde el primer momento quién era el que mandaba y, gracias a unos cuantos

puñetazos en el rostro y en el estómago —todavía tenía alguna que otra señal—, había logrado que me respetara hacía algunas semanas. Yo no era partidario de la violencia y sostenía que el intelecto era siempre la mejor arma, pero a veces el frío resplandor de un revólver bien cargado o la fina demostración de unos puños batiéndose al aire podían ser de mucha ayuda.

—¡Ese médico, inspector! —bramó el ruso—. ¡Michael Ostrog!

Tenía un fuerte acento eslavo y escupía al pronunciar las erres.

Hastiado, me rasqué la cabeza.

—¿Qué pasa con él? ¿Sigue sin salir de su casa? —pregunté mecánicamente.

—¡Si solo fuera eso...! —volvió a rugir Makarov.

Decidí armarme de paciencia.

—Le ruego que se calme, señor Makarov, o en unos segundos tendrá usted aquí a varios agentes uniformados apuntándole la cabeza con sus armas reglamentarias —le avisé torciendo el gesto.

El ruso respiró hondo por la boca y se calmó... más o menos.

—¿Qué pasa con el señor Ostrog?

—¡Ayer le vi, señor inspector! —repuso él, haciendo aspavientos—. ¡Subía por la escalera embozado en esa gabardina negra suya! Le grité que me pagara el alquiler de su casa, y el tío salió corriendo escaleras arriba y se metió en el piso. Aporree después su puerta y le maldije cientos de veces, inspector, pero no me abrió.

—¿Y qué quiere que haga yo? —le pregunté, aburrido.

—O lo saca usted de ahí recurriendo a su autoridad... ¡o lo saco yo tirando la puerta abajo!

—Eso sería allanamiento de morada, señor Makarov. Además, soy de la Policía Judicial... No me dedico a sacar a morosos de las casas. Recorra usted a algún agente que patrulle cerca de su inmueble o a las bandas de protectores —le expliqué, sentándome ante mi mesa de trabajo. Con lo de las *bandas de protectores* me refería a algunos matones a sueldo que, por una módica cantidad, pegaban palizas a los morosos, protegían a las prostitutas de los ultrajadores y también extorsionaban a todo el que podían.

El sargento, al ver que ya no había peligro y que dominaba la situación, volvió al informe, receloso, después de resoplar un par de veces. Barrett se relajó también, pero no por ello le quitó el ojo a Makarov, que me confió sus temores.

—No me fío de ellos, inspector.

—¿Y de mí sí? —inquirí con sorna.

—Mire, señor Abberline, ya no es solo el alquiler... —bajó su agrio tono de voz, hasta hacerlo casi confidencial—. Hace cosas extrañas que nunca había hecho.

—¿Por ejemplo...?

El ruso pensó un rato la respuesta que debía dar, rascándose la poblada barba.

—¡Esa mujer! —exclamó escandalizado—. ¡Muchas noches le he visto subir con una extraña mujer hasta su casa! ¡Creo que es una prostituta!

—¿Y qué tiene eso de extraño? Usted también lo hace —el gordo se sobresaltó—. No se asuste, señor Makarov. Conozco esa y muchas más cosas sobre usted... Pero, por favor, continúe —le animé mientras accionaba la mano diestra.

—¡Él nunca había subido mujeres a su casa, señor inspector! Yo creía que él era... Bueno... Un... —mi interlocutor titubeaba, intentando pronunciar una palabra que definiera lo que pretendía decir y que no fuera grosera, pero en realidad solo conocía términos que se referían a esa característica personal de forma ofensiva.

—¿Está intentando decirme que estaba sexualmente enfermo?

Con esta frase quería dar a entender al peculiar hombre si el doctor Ostrog tenía predilección por los hombres. El sargento Carnahan intentó reprimir una carcajada mordiendo el labio inferior. No lo consiguió Barrett, que soltó un brusco resoplido. Los miré a ambos con severidad.

—No lo sé con certeza... Pero era un hombre muy raro... Usted ya me entiende —Makarov, al oír otra carcajada reprimida de mi suboficial, sonrió mostrando una dentadura a la que le faltaban algunos dientes y en la que abundaba la carie.

—Lo siento, señor Makarov, pero no puedo detener a alguien solo porque se acueste con una prostituta —señalé con voz firme—. Si no desea nada más...

El gordo parecía haber recordado algo.

—¡Espere...! La pasada semana sí que ocurrió algo... Yo estaba en mi casa del piso de abajo durmiendo, cuando oí fuertes golpes en la vivienda del médico, golpes y gritos de Ostrog. Creí que estaba borracho, pues solía darle al vodka como buen ruso, así que salí al descansillo y le grité que se callara. Volví a meterme en mi habitación y, al poco rato, oí unos apresurados pasos escaleras abajo.

El ruso que tenía enfrente se quedó quieto esperando mi reacción. La verdad es que aquel hombre había despertado al fin mi curiosidad.

—Bien, señor Makarov, espéreme usted esta tarde en su inmueble a las cinco en punto. Los dos abriremos la casa de Ostrog.

Él se despidió satisfecho.

—Hasta esta tarde, inspector.

El eslavo abrió la puerta de mi despacho y salió al exterior, cerrando con un sonoro portazo. Henry Carnahan abandonó su escritorio y se acercó a mi mesa.

—Puedo observar que la historia de nuestro visitante ruso le ha inquietado, inspector —me dijo en voz baja.

—No sabe usted cuánto, sargento. Pero esta tarde veremos si es verdad lo que nos ha contado.

Carnahan abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Nos...? ¿Se refiere a los dos, señor? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto. Supongo que no se le habrá ocurrido pensar que voy a ir yo solo, sargento.

Él sonrió bajo su poblado mostacho y volvió a trabajar en su interminable informe.

Otra voz se interesó por mí.

—Inspector... —había olvidado que Barrett seguía en el despacho.

—¿Sí? —pregunté con voz hueca—. ¿Qué quiere, Barrett?

—Verá, señor... Yo... no es que aprecie el puesto que ocupo ahora, señor, pero... —el agente titubeó— desearía que usted me designara trabajos de calle... Si no le ocasiona una gran molestia.

—Bueno... —convine—. Mason, el sargento y yo le echaremos de menos —el hombre asintió sonriendo—. Pero veré qué puedo hacer.

—Gracias, señor —Barrett salió de mi despacho y cerró la puerta.

—Me encargaré de que haga algunas rondas, inspector —dijo Carnahan.

—Me apena... Es un hombre muy inteligente... Ocúpese de que se añada a la plantilla de calle, sargento —repuse a la vez que me sentaba detrás de mi escritorio.

(Inspector Frederick G. Abberline)

Después de ingerir algo en una cafetería cercana a la comisaría, Carnahan y yo nos dirigimos en una calesa hacia White Street, lugar donde estaba situado el inmueble del señor Makarov. Aquel edificio se parecía mucho a los que le rodeaban. Era sucio, destartado y se encontraba ocupado por prostitutas, mendigos, asesinos que no deseaban ser encontrados... En fin, gente de mala catadura.

Ya estaba acostumbrado a sitios así, por lo que, antes de salir, el sargento Carnahan y yo nos armamos cuidadosamente. Yo llevaba mi revólver de cañón corto en una sobaquera de cuero oculta bajo mi gabardina, mientras que mi acompañante se había colocado solamente un revólver de cañón normal en la parte de detrás de su cinturón. En East End, repito, aquello era normal. Había mucho loco suelto y demasiado rencor y odio hacia la Policía, aunque he de decir que en mis años de inspector había logrado ganarme algunos peligrosos enemigos que todavía me andaban buscando... Además, en honor a la verdad debo concretar que no era muy buen tirador, pero solo tocar la fría y metálica superficie de un arma corta me tranquilizaba en momentos de tensión.

El señor Makarov nos esperaba en la puerta del edificio 24. El sargento y yo bajamos de la calesa y fuimos derechos a su encuentro. Con una desagradable mueca que intentaba ser una sonrisa casi sin dientes, el ruso nos condujo hacia el interior del edificio.

—¿Dónde vive el doctor Ostrog? —pregunté interesado.

Makarov apartó sin miramientos y con uno de sus pies a un borracho que yacía en medio del portal de paredes desconchadas. El pobre diablo soltó un fuerte ronquido.

—Arriba, en el ático, inspector —me señaló con la palma de su mano diestra, apuntando en la dirección correcta.

—¿Está en casa? —pregunté otra vez.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, señor inspector —masculló entre dientes.

Subimos por la destartada escalera, a la que le faltaban varios peldaños de madera. El suelo crujía bajo nuestros pies, y temí que de un momento a otro se desplomase y cayésemos los tres al vacío. Pero como Makarov caminaba tranquilamente, me dio un poco de seguridad.

El inmueble tenía tres plantas más el ático. En cada una de ellas había dos viviendas, pero parecía que cada una estaba ocupada por un millón de personas. Esto me hizo suponer que Makarov no alquilaba solo las viviendas, sino también las habitaciones como colmenas humanas.

Continuamos nuestra ascensión por las fétidas plantas, entre siniestros crujidos de madera vieja, por donde pululaban libremente las ratas, los niños harapientos y los borrachos. El hedor a orines se hacía insoportable por momentos.

Por fin llegamos al maldito ático. Había dos pisos, uno era de Ostrog, según nos señaló Makarov, y el otro estaba ocupado por una familia polaca. Nuestro guía se acercó a la vivienda cerrada de Ostrog y nosotros con él.

Llamó enérgicamente a la puerta con unos nudillos cubiertos de pelo negro.

—¡Ostrog! —bramó colérico—. ¡Abre la puerta, matasanos! ¡He venido con la Policía a desalojarte si no me pagas el alquiler! ¡Ostrog...! —el gordo aporreó la puerta con una furia mal contenida algunas veces más y blasfemó todo lo que pudo, pero la puerta permaneció cerrada.

—Déjeme a mí —le hablé al ruso. Me coloqué ante la puerta y la golpeé con los nudillos—. ¿Doctor Michael Ostrog? ¡Soy el inspector Frederick Abberline! ¡Abra la puerta! —grité con voz autoritaria—. ¡Solo quiero hablar con usted!

Nada. No detectamos ningún movimiento de pasos que revelase la presencia de alguna persona en la vivienda. Acerqué mi oído a la puerta y escuché en silencio. Nada de nuevo.

—¿Lo ve, inspector? ¡Ese cabrón se niega a abrir! —Makarov se puso ante la puerta y comenzó a gritar en ruso lo que me parecieron blasfemias e insultos de todo tipo por el durísimo tono que empleaba.

Carnahan se acercó a mí y me susurró al oído izquierdo:

—Puede que le haya ocurrido algo al doctor...

Entre tanto, al escuchar los gritos del señor Makarov, dos niños pequeños salieron del otro piso acompañados por una mujer temerosa, que los sujetaba con sus sucios y huesudos brazos.

Me aproximé al señor Makarov, que continuaba gritando como un poseso, y le dije:

—Puede que le haya ocurrido algo al doctor Ostrog... Debemos tirar la puerta abajo.

—De acuerdo —el ruso parecía dispuesto a hacerlo—. Espero que ese cabrón no se haya dejado morir ahí dentro...

Me aparté y le cedí el paso al sargento, quien se remangó con decisión. Carnahan y el ruso retrocedieron y, al cabo de unos segundos, descargaron sus hombros sobre la despintada puerta de madera con toda su fuerza. Esta cedió un poco, pero no se abrió.

Entonces me fijé en que uno de los niños se había separado de la que debía de ser su madre y del otro niño. Se acercó a mí. Tendría unos siete años; era delgado y de escasa estatura para su edad. Bajo su cabello rubio lacio, dos ojos azules me miraban con curiosidad. La madre le llamó en su incomprensible idioma.

—No está dentro —me dijo el niño, farfullando inglés.

Interesado, me arrodillé y me puse a su altura.

—¿Te refieres al doctor Ostrog? —le pregunté.

El niño asintió en silencio.

—¿Dónde está? ¿Lo sabes?

—No lo sé, señor... Los hombres de negro se lo llevaron.

En ese momento la madre se acercó a mí y, tirando del niño y hablándole en su lengua materna, lo introdujo sin demasiada delicadeza en la mugrienta vivienda, donde garrapatas, chinches, piojos, cucarachas y roedores campaban a sus anchas.

Fue precisamente entonces cuando Carnahan y el ruso tiraron al fin la puerta de la vivienda de Ostrog, que quedó colgando de una de las ennegrecidas bisagras.

Me incorporé raudo y me acerqué a la puerta, meditando las palabras de aquel niño. Carnahan y el ruso me esperaban impacientes, interrogándome ambos con la mirada.

—Vamos a entrar —les indiqué con voz neutra.

Uno a uno penetramos en la deprimente casa. Ante nosotros se extendía un largo pasillo sin decoración e iluminación alguna, con puertas que daban a otras habitaciones, que desembocaba en una puerta cerrada. El ruso nos indicó que la habitación de Ostrog era la última y que nadie vivía en las otras. A medida que nos acercábamos, comencé a percibir un aroma dulzón que me mareó un poco. Vi que al sargento y al ruso les ocurría lo mismo.

—Esos asquerosos brebajes de Ostrog.. —Makarov escupió en el suelo—. Por culpa de estos olores nadie me quería alquilar las habitaciones —se tapó la nariz con las manos.

—¿Había entrado usted aquí antes? —preguntó Carnahan, venciendo su repugnancia.

—Nunca, pero el olor de los brebajes de Ostrog se me cuela en la casa desde hace unas semanas.

Lo miré inquisitivamente.

—¿Nunca antes había olido esto? —le pregunté con cierta aspereza.

—Hasta hace unas semanas... Ya le digo, inspector. Habitualmente, esa mierda con la que Ostrog trabajaba solo se olía en este piso.

El ruso siguió andando. Yo me acerqué a Carnahan y le susurré:

—No es el olor a medicina lo que invade este piso... Es opio.

El sargento asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Lo sé, inspector —precisó después—. He entrado en suficientes fumaderos como para reconocerlo a la legua —me confesó.

—¿Era adicto a alguna droga el doctor Ostrog?

Mi pregunta pareció desconcertar al casero, llegado en su día de la Rusia zarista.

—No... que yo sepa... —farfulló quien se teñía las canas con hollín negro—. Solo al vodka.

Nos aproximamos a la puerta y el ruso cogió el picaporte con una mano.

—Aquí comienza la habitación de Ostrog.. Espero que ese matasanos no haya decidido suicidarse en ella...

Las palabras murieron en su boca nada más abrir la puerta.

Lo que había a continuación era un dormitorio normal y corriente, bastante lujoso por cierto, en contraste con lo visto

anteriormente. El señor Makarov parecía como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza. Yo me adelanté y olfateé el aire. Sin duda alguna, el olor era de opio. Yo también había entrado en algunos fumaderos de opio de East End y el aroma me resultaba completamente familiar. Miré la alcoba.

No había nada que indicara que allí había residido un médico. Esperaba encontrarme con una mesa llena de extraños compuestos y libros, estanterías con medicinas, útiles de cirugía como mucho... Sin embargo, allí no había nada de eso. Casi toda la estancia estaba ocupada por una cama bien hecha, una estufa y una mesa con dos sillas. En esta última había un solo candelabro, que parecía ser la única fuente de luz de la sala, pues las ventanas estaban tapadas con unas largas cortinas negras, que impedían el paso de la luz natural. Había una mancha de vino en el suelo.

Pero he aquí que todo estaba espantosamente desordenado.

Miré con curiosidad profesional al ruso, que se hallaba completamente desconcertado.

—Apuesto a que no esperaba que la habitación fuese así, señor Makarov.

—No puede ser... —tartamudeó él.

—Desde luego, esta no es la habitación de un médico... —reflexioné en voz alta.

Me paseé por la sala y me detuve frente a la mancha de vino. Me agaché y la olisqueé unos segundos. Era de buen vino.

—¿Cree usted que Michael Ostrog podría permitirse un vino caro, de reserva? —inquirí sumamente intrigado.

Makarov abrió las palmas de las manos en significativo ademán.

—No..., de ninguna manera, señor inspector. Casi no podía pagarme el alquiler... Y ya le he dicho que solo bebía vodka —respondió con un hilo de voz.

Me incorporé y paseé con calma de nuevo por la sala. Miré el candelabro y reflexioné.

El candelabro era de dos brazos y sus velas estaban casi consumidas. No podría haber iluminado todo el cuarto desde aquella posición, solo la mesa. Por lo tanto, a Ostrog le interesaba sobremanera la oscuridad. Pero no podía ser; un galeno necesitaba tener buena luz para examinar pacientes... Entonces..., ¿a qué venían aquellas cortinas?

Ensimismado, torcí el gesto antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Recibía Ostrog a sus pacientes aquí?

—Casi siempre, excepto cuando había una urgencia, que acudía al lugar —observé que el ruso seguía desconcertado—. Aunque hace mucho tiempo que no recibe a nadie... —añadió tras soltar un leve suspiro.

¿Y el vino? El médico no podía costárselo de ninguna manera. Si hubiese podido, no viviría en una casa como aquella. Otro detalle se me escapaba. La casa parecía no haber sido habitada en días... No entendía absolutamente nada.

En un momento dado, me acerqué a la estufa y abrí la portezuela de hierro forjado. Entonces fue cuando lo vi.

Había un compartimiento encima del lugar donde ardía el fuego. En él se podían apreciar los restos de unas hierbas que en el acto pude reconocer como opio. Miré el conducto por el que debía de subir el humo. Una parte de él había sufrido algunas perforaciones hechas con un objeto puntiagudo sin lugar a dudas. Por allí es por donde salía el humo cargado de opio. ¿Pero por qué razón? ¿Por qué un médico ruso que solo bebía vodka hacía desaparecer todos sus útiles de trabajo, consumía un vino que no podía pagar ni aunque trabajara toda su vida e inundaba toda su habitación de humo de opio? Sin embargo, no tenía respuestas, aún no...

Henry Carnahan me sacó de la profundidad de mis cavilaciones.

—Inspector..., ¿señor...?

Me volví lentamente hacia él.

El sargento estaba arrodillado al lado de la puerta y observaba algo en una de las paredes cercanas al marco de madera. Me acerqué a su posición.

—Mire usted, por favor.

Seguí su indicación y observé el lugar que me señalaba mi suboficial. Había unas extrañas marcas en la pared, como cuando se araña y se levanta la capa de yeso. Pero había algo más... Junto a las marcas descubrimos... sangre. Alguien había sufrido un golpe fuerte en aquel lugar. Era alguien que había intentado agarrarse desesperadamente a las paredes. Pero... ¿con qué fin?

Recordé las palabras del niño: “Los hombres de negro se lo llevaron”. Se lo llevaron... Entonces fue cuando lo comprendí todo. Alguien había secuestrado a Ostrog.

No obstante, aquello no encajaba... La habitación tenía signos de haber sido habitada hacía algunos días. Nada cuadraba como debería...

Reflexioné cogiéndome la barbilla con la mano zurda.

—¿Cuánto hace que vio por última vez al doctor Ostrog, señor Makarov? —pregunté, al cabo de un pesado silencio.

—Ayer, inspector... Ya le digo, subía por la escalera y le perseguí para que me pagase el alquiler de una vez por todas. Pero él salió corriendo hacia arriba como alma que lleva el diablo... Y el otro día le vi subir con la prostituta de la que le hablé.

Intenté poner un orden lógico en mis confusos pensamientos.

—Dijo usted que hace unos días el doctor Ostrog anduvo armando escándalo, ¿no es así? —insistí meditabundo.

—Así fue como pasó, señor inspector —afirmó el eslavo tras carraspear dos veces—. Ya le comenté a usted y a su colega que salí afuera y le dije que se callase. Alguna vez solía darle al alcohol...

Interrumpí al gordo con un enérgico ademán de manos. Repasé la situación y de pronto encontré el cabo que me faltaba. Sin embargo, era una suposición absurda... Alguien le suplantaba. Alguien que no era ni médico ni ruso. Alguien que se esforzaba en esconderse de Makarov para no ser descubierto...

El doctor había sido secuestrado, todo lo indicaba. Y probablemente había sucedido el día de su supuesta borrachera. Luego, alguien que, por alguna extraña razón, necesitaba la habitación del médico la había ocupado haciéndose pasar por él.

Aquello no tenía sentido, pero era lo mejor que se me había ocurrido. No obstante, me faltaban aún tres indicios por encajar: el opio, la prostituta y los secuestradores. Caí en la cuenta y salí de la habitación. Carnahan y el ruso, totalmente desconcertados, me siguieron.

Me alejé de la vivienda y me dirigí a la otra casa, al apartamento de los niños y la mujer. Quería hablar con el niño de antes. Estaba claro que había visto el secuestro de Ostrog y quería preguntarle algunas cosas.

Llamé a la desvencijada puerta y un viejo desdentado me abrió.

—Perdone, señor, quiero ver al niño que estaba aquí antes...

Él movió la cabeza con cara de despistado y después se encogió de hombros. Era evidente que el viejo no entendía mi idioma. Makarov y el sargento llegaron para apoyarme.

—Déjeme a mí, inspector Abberline —Makarov se adelantó y habló con el viejo en una lengua extraña que me pareció ruso.

Al observar las miradas de temor que el viejo nos dirigió a Carnahan y a mí, deduje que Makarov le había dicho que éramos policías.

El anciano le respondió en ruso.

—Pregunta que cuánto le ofrece —tradujo Makarov, mientras hacía el universal gesto de dinero con los dedos.

—Cinco peniques, ni uno más —dije yo. Los saqué de mi bolsillo.

Esto no necesitó traducción alguna para el viejo, que se apoderó de ellos rápidamente. Se metió en la vivienda y al poco tiempo apareció con el niño. Oí como le gritaba a la madre algo que, según deduje, significaba que se estuviese quieta, al margen de todo. Agarré al niño de la mano y lo llevé aparte e indiqué a Makarov y al sargento que nos dejaran solos. Me arrodillé casi a su altura. Debía ganarme su confianza.

—Dime... ¿cómo te llamas?

—Iván Kirov, señor —repuso el crío.

—Iván, necesito que me digas qué pasó la noche en que los hombres de negro se llevaron al señor Ostrog.

—Yo lo vi. No me podía dormir y miré por la ventana. Salieron de dos coches que se pararon en la calle. Eran muchos y estaban armados. Me escondí y así esos hombres no me pudieron ver.

Respiré aliviado. Los cinco peniques eran una excelente inversión para aquella fuente de información.

—Y dime... ¿qué pasó? —quise saber.

—Los hombres subieron por la escalera y llamaron a casa del doctor... —el niño tragó saliva con dificultad antes de continuar su relato—. El doctor les abrió y ellos entraron. Oí golpes y gritos del doctor. Makarov le gritó desde su casa que se callara. Luego pararon los gritos, señor, y Makarov se metió en su piso.

—¿Y qué más? —inquirí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Poco más, señor... —el crío abrió los ojos desmesuradamente al recordar las imágenes y también para darse importancia—. Después los hombres aquellos salieron y bajaron al doctor a rastras... Lo hicieron por la escalera, señor... Lo metieron en uno de sus coches y se fueron —al terminar su testimonio, el niño miró hacia su casa, donde el sargento, Makarov y el viejo nos miraban con marcada curiosidad.

—Muy bien, gracias, Iván.

—¿Puedo irme ya, señor?

Acaricié su pelo y le guiñé un ojo.

—Sí, Iván..., pero antes toma esto —le puse en la sucia mano algunos peniques—. Dáselos a tu madre. Dile que es por las molestias.

Con cara de felicidad, el niño salió corriendo hacia la casa apartando al viejo de un empujón. Este se metió en su casa, refunfuñando no sé qué en su incomprensible idioma eslavo.

Hice una seña a Makarov y al sargento y, ya juntos de nuevo, bajamos las escaleras.

—¿Y...? —me interrogó Makarov, una vez que salimos a la calle y el sargento y yo nos disponíamos a marchar en la calesa que nos había traído hasta allí—. ¿Qué cree que pasa con Ostrog?

—Mire, señor Makarov, Michael Ostrog ha sido secuestrado y desconozco el porqué. Hay alguien que le suplanta en su casa, pero también ignoro el motivo. Le voy a confiar una misión. Vigile el piso de Ostrog y contacte conmigo en cuanto vea subir a alguien hacia allí, por mucho que se le parezca... ¿Entendido?

El casero ruso arrugó la frente antes de responder.

—Sí, inspector, lo que usted diga... Está claro como el agua. Tendrá noticias en cuanto sepa algo.

—Muy bien, que tenga buenos días, señor Makarov.

Monté en la calesa junto al sargento y el cochero apremió a los caballos. El carro avanzó por la adoquinada calzada.

Visito todas las semanas la tumba del viejo Swanson y me alegraría poder verle por allí alguna vez, aunque sé que no comulga precisamente con esos lugares.

Quiero que sepa que le aprecio como a un hermano y que nunca olvidaré los años que estuvimos juntos.

Su buen amigo y compañero,

Frederick George Abberline

Martes, 28 diciembre 1925